



EL TIESTO

DE ROSAS.

Á LUIS BONAFOUX.

CARLOS merecía que tú le hubieras conocido. Era de los nuestros; de los que arrojan una carcajada sobre cada desengaño que

reciben, como arroja el sepulturero una paletada de tierra sobre cada muerto que le dan; de los que ríen en público y sufren á solas, transformando la mueca dolorosa en alegre gesto, la fisonomía en máscara, el placer en recurso, el amor en deleite y el sentimiento en sensación; alma de temple demasiado fino para ser comprendida por el común de las gentes, por esas gentes cuyas almas, semejantes á las bibliotecas de los necios, son tan sólo mueble de lujo que no se utiliza nunca; hombre, en fin, que, burlado en sus ilusiones por realidades crueles y vencido en sus esperanzas por decepciones hondas, había resuelto amoldar su carácter al patrón humano, y con objeto de adormecer los dolores que esta operación psíquica le causaba, echábase en brazos de todas las embriagueces carnales y apetecía el escándalo como un ruido que aturde, la lucha como una convulsión que distrae, la mujer como un entretenimiento que mata y el vino como un narcótico que embrutece.

«¿Qué puedo yo hacer?—solía decirme durante esas conversaciones íntimas que traen á los labios todos los repliegues del espíritu;—qué puedo yo hacer sino lo que hago? ¿Dar parte en mis quimeras, en mis sueños, en mis ideales, á un

mundo que, por no comprenderlos, los entregaría al escarnio y á la burla? ¿Ofrecer mi corazón á una mujer que lo rompiera como rompe el niño el juguete cuyo mecanismo desconoce? ¿Arrojar mi alma á una atmósfera donde la asfixia es segura? No, y cien veces no. Queden mis sentimientos, mis verdaderos sentimientos, para mí solo; viértanse también en torcidos renglones sobre desiguales cuartillas, y si pasan al público dominio háganlo impresos, única forma de que el público los admita y aplauda. En las relaciones sociales buscaré el trato de aquellos hombres que, si no tienen virtudes, tienen, al menos, la franqueza de sus vicios, y la compañía de aquellas mujeres que si no interesan al corazón no pueden herirlo tampoco.»

«Créelo—añadía,—un vaso de vino puro y una mujer sin pureza son compañeros suficientes para sobrellevar esta carga de la existencia, carga tan ruin que ni aun vale el trabajo de suprimirla. Como lenitivo de mis amarguras tengo los consuelos de tu amistad, algunas veces, y siempre, allí en el fondo tranquilo de mi hogar, una cabeza entrecana que me perdona y me sonríe. Otros amores..... ¡Bah! no hablemos de ellos. Gozar primero y morir después, esa es la ley humana: cumplámosla.»

Al decirme esto reía, con risa tan nerviosa, tan sarcástica, tan cruel, que provocaba todas mis tristezas.

Impulsado por tales ideas, Carlos gozaba siempre, y cuando las personas timoratas, ó necesitadas de serlo, le llamaban «calavera, perdido, loco» exclamaba con tono entre serio y burlón: «¿Loco? Puede que no se equivoquen. ¡Ojalá no se equivocaran!»

Loco, descreído, insensible..... Eso quería él, serlo; pero no lo era. ¡Cuántas veces, en medio de una orgía, cuando las copas medio llenas, los hombres casi borrachos, las mujeres despeinadas, provocativas y locuaces, forman un grupo lascivo animado por el estrépito de voces roncadas, de interjecciones rudas, de tapones que saltan, de vasos que chocan, de cristal que se rompe, volví los ojos hacia Carlos y pude verle pálido, triste, la barba sobre el puño y la mirada incierta, salvar con el pensamiento las distancias y dirigirse á otros lugares, de allí tan separados como deben estarlo lo repugnante y lo sublime, buscando en ellos algo que le faltaba, que le era preciso, y no era el afectó del amigo, ni la cabeza entrecana de la madre, sino una cabecita de mujer virgen, por él entrevista entre las mezquindades del pre-

sente, como promesa espléndida del porvenir.

Él no quería confesarlo cuando yo se lo preguntaba. «¿El amor, el amor puro?...— me respondía.—Lo he suprimido.»

¡Suprimir el amor! Tanto valdría suprimir el alma. Para los hombres como Carlos, es el amor lo que el rocío para las flores en climas abrasados: una lágrima tal vez, pero una necesidad irremediable.

Aquel Mario, disfrazado de Grantaire, tuvo su idilio, un idilio que empezó como todos, por la presencia de una mujer que pasa por delante de nosotros, que nos mira un instante y se aleja después, mientras nosotros la contemplamos con asombro y una voz interna nos grita: «Esa.» Cuando llega tal momento, el amor se impone con violencias de tirano, y es inútil luchar. Carlos emprendió la lucha y fué vencido; su destino quedó amarrado para siempre á los encantos de una mujer. Amor es maestro de esclavitud y sujeta la argolla de su cadena en parte firme: en el corazón.

¡Y ella era tan digna de ser amada! Había tanta frescura en aquella cabecita pálida, tanta pureza en aquella frente soñadora, sobre la cual, ganosas de acariciarla, se esparcían las ondas re-

vueltas de una cabellera castaña, donde la luz se descomponía en reflejos dorados; eran tan dulces sus ojos verdes, sombreados por largas pestañas que prestaban á sus miradas todas las ternuras y todas las melancolías del crepúsculo; tan suave el pliegue voluptuoso de sus labios finos, entre los cuales aparecía la sonrisa como una aurora y la voz como un despertar de pájaros; tan puras las líneas de su garganta; tan delicioso el contorno de su cuerpo; desprendía su imagen un no sé qué de candoroso y honesto, que Carlos sintióse atraído por ella, y la amó con fanatismo de creyente, con tenacidad de sectario; más que todo eso, con ansias de náufrago que halla un punto de apoyo donde salvar su vida.

Sintió al verla removerse los sentimientos ocultos en el fondo de su alma: miró con espanto los jirones de su antigua existencia dispersos en el cieno de torpes y fútiles placeres, y se lanzó de frente á la lucha, ansioso de gloria, dispuesto á arrojar el laurel de sus triunfos á las plantas de aquella mujer.

El amor de Carlos fué, más que una transfiguración, una resurrección.

Todos los días iba á verla, á beber en sus ojos energías para el combate, seguridades para la vic-

toria; y allí, bajo la sombra de altos árboles, frente á la casa de la mujer querida, puestos los ojos en el balcón de retorcidos hierros, que á trechos descubrían ya los alambres de caprichosa jaula, donde un canario bullicioso y saltarín entonaba cánticos, no sé si de enamorado ó de cautivo ya las varias macetas sobre las cuales alzábanse orgullosos los tallos de un rosal que abría sus flores para ofrecerlas á quien tan primorosamente las cuidaba, en aquel sitio, pasaba Carlos las horas extasiándose en la contemplación de su adorada, que, unas veces puesta detrás del balcón, otras medio oculta entre las hojas del rosal, tan pronto llamando con el gesto y con la mano al cantor prisionero que extendía las alas y alargaba el pico para morder los dedos que le acariciaban, como jugueteando distraídamente con los pliegues del cortinaje, dirigía hacia Carlos sus miradas, miradas que él recogía avaro, sin aspirar á más, sin pedir más. ¿Qué más podía pedir? Basta una mirada para entregar el alma y otra mirada para recibirla.



Hablar, hablar con ella, deslizar en sus oídos esas mil frases tan insignificantes para quien las oye con indiferencia, como sublimes para quien las escucha amoroso. ¡Hablar con ella, qué dicha tan grande, y, sin embargo, qué ventura tan imposible! ¿Podía él atreverse á tanto? Frente á ella, inocente, hermosa, favorecida de la suerte, veía Carlos alzarse las locuras de su pasado, las angustias de su presente, las incertidumbres de su porvenir como obstáculos insuperables, y aguardaba en silencio y luchaba sin tregua, recibiendo á pie firme esas heridas anchas y profundas, precisas á los combates por la gloria, heridas que no se ven porque abren en el alma y gotean por dentro. Así vivía, peleando con furia de titán, irguiéndose victorioso después de cada golpe, con la frente alta, la sonrisa en los labios y la esperanza en *ella*. Sí, luchar, luchar y contener el desbordamiento de su amor hasta el día del triunfo: tal era la idea fija en el cerebro de Carlos; y cuando el triunfo llegara á acercarse á ella y decirle: «He callado hasta hoy, porque no me juzgaba digno de tí; hoy es distinto, poseo un nombre que todos ensalzan, que todos elogian, que todos aplauden; pues bien: ese nombre es tuyo. Tómallo.»

¿Adivinaba ella los pensamientos de aquel hombre? Tal parecía, cuando tras una de esas miradas en que el alma sube á los ojos, deplegando sus labios con sonrisa cariñosa y agitando en sus pupilas reflejos de amor, parecía decirle: «No temas, yo te aguardo.» Y Carlos aguardaba siempre, gozando no sé qué extraña y misteriosa felicidad en aquella penumbra de esperanzas y de recelos.

Pero la felicidad es un viajero incansable, tan inquieto y fugaz como constante y sedentaria la desdicha; cruza por delante de nosotros un momento, uno solo, y luego se aleja volviendo el rostro para decirnos adiós.

No sé quién, ni importa; cualquiera, una de esas personas que todo lo saben—menos ser buenas—y que todo lo cuentan, á su modo, supo un día los amores de Carlos y creyó deber ineludible, caso de conciencia y obligación de amistad, transmitir la noticia á los padres de la mujer por Carlos amada.

¡Cómo se despachó la tal persona refiriendo cuantas acciones podían perjudicar á Carlos y callando las que pudieran favorecerle!

—¿Quién es él?—decía muy gozosa, con gesto de santa y frase de verdugo.—Un escritorzuelo

sin más bienes de fortuna que su pluma; ¡valiente capital! Un loco, un derrochador, un penden-ciero, incapaz de hacer la ventura de nadie; que tiene queridas, que sale á escándalo por semana y que parará en un manicomio, si no le matan de un tiro en medio de la calle. ¡Vaya que el tal Carlitos no tiene por donde el diablo lo rechace! Les digo á VV. que lo conozco mucho—no le había hablado nunca,—que me sé de memoria sus calaveradas; ha dado por ahí cada disgusto, ¡que ya! Es incapaz, incorregible, incorregible; ¡cuando lo digo yo!

Por ese estilo siguió amontonando deshonras y deshonras, calumnias y calumnias sobre aquel hombre que nada le había hecho, ni siquiera un favor. Al despedirse, desplegó una sonrisa de cariño, añadiendo, como disculpa de su hazaña:

—Os he dicho esto porque os quiero bien. Ese hombre es malo.

Y limpió su conciencia con estas palabras, como limpia el asesino su puñal sobre el cuerpo de la víctima, dejándole terso, brillante y dispuesto de nuevo para herir.

Ella oyó angustiada la terrible acusación; sus padres hicieron lo que hacen en tales casos todos los padres que quieren á sus hijas: conjurar el pe-

ligro por cuantos medios estaban á su alcance, impedir aquellos amores, trabajar el alma de la niña para arrancarle el afecto que á Carlos profesaba. Carlos supo esto y devoró en silencio su amargura, como había saboreado en silencio su felicidad, y *ella*, combatida por fuerzas contrarias, luchaba, sí, pero luchaba desesperando del triunfo, viendo más difícil cada vez el logro de su esperanza; y todas las tardes, cuando, asomada al balcón, escondido el rostro entre las hojas del rosal, veía á Carlos pálido, taciturno, desesperado, sin llevarle una esperanza, ni una promesa de próximo triunfo, sentía que sus fuerzas menguaban, que su valor decaía, y, reflejando en sus ojos las angustias de su espíritu, parecía decir á su amante:

—¡Pronto, pronto, ó todo se ha perdido!

Carlos no podía hacer nada para conjurar el peligro. Los combates por la gloria son lentos, las victorias no se improvisan, el enemigo es tenaz y se defiende siempre. ¡Les cuesta tanto trabajo á los más reconocer la superioridad de los menos! Para Carlos llegar era seguro, pero ¿cuándo? ¿cuándo? Y tras de esta pregunta, que no obtenía respuesta decisiva, Carlos sentía huir sus esperanzas de amor, y *ella*, con los ojos tris-

tes, muy tristes, lanzando un suspiro que agitaba imperceptiblemente los pliegues de su vestido color de rosa, se apartaba del balcón, mientras él proseguía su camino volviendo la cabeza hacia atrás, esperando con angustia el desenlace de aquel hermoso paréntesis de venturas y amor, paréntesis que se cerraba y que él no podía alargar.

Y el desenlace vino doloroso, terrible, pero fatal y necesario. *Ella* se dió por vencida. ¿Cómo no hacerlo, si á la murmuración social y á los prudentes consejos de sus padres, sólo podía oponer las promesas mudas de un desconocido?

Una tarde de otoño, á la hora del crepúsculo, llegó Carlos frente á la casa de su amada, pisando las amarillentas hojas que, desprendidas de los árboles, crujían bajo sus pies con un sonido extraño, mezcla de suspiro amargo y de carcajada burlona; las ramas desnudas parecían músculos palpitantes de un cuerpo disecado; en el balcón, testigo un día de íntimos placeres, partícipe entonces de profundos é intensos dolores, las macetas ostentaban el seco ramaje de sus hojuelas mustias y de sus tallos marchitos; el rosál, desnudo de adornos, se balanceaba á impulsos del viento, y el canario, oculto en el último rincón

de la jaula, escondía en el ala su pico y agitaba su cuerpo con estremecimientos nerviosos; sólo una florecilla casi deshojada vivía aún en aquel sepulcro abierto por el tiempo á las galas de la primavera.

Carlos se detuvo y clavó sus ojos en el balcón. Detrás de los cristales estaba *ella*, no como en épocas ya pasadas, alegre, cariñosa, dulce y pródiga en esperanzas, sino triste, muy triste, con la hermosa cabeza inclinada sobre el hombro, los ojos entornados como para ocultar sus lágrimas y los labios contraídos por un gesto sombrío.

Al verle entreabrió las cerradas vidrieras, adelantó el brazo, cortó la mustia florecilla y, arrojándola por el balcón, dirigió á Carlos una mirada larga, profunda, angustiosa como un adiós y cruel como una despedida.

«¡Imposible!» pareció decirle con aquella mirada; y retirándose de pronto lanzó un suspiro, al tiempo que Carlos murmuraba también: «¡Imposible!»

Después la imagen querida desapareció, y Carlos, dirigiendo una última mirada sobre el balcón cerrado, sobre las flores marchitas, sobre el pájaro dormido en el último rincón de su jaula, contempló las hojas de los árboles amarilleando

bajo sus pies, los troncos desnudos, las ramas peladas, el cielo plomizo, desengañadores silenciosos que le decían: «Todo termina, todo acaba;» y recogiendo la flor perdida en medio del arroyo, se alejó de aquellos lugares, murmurando con acento nervioso y hondo:

—Es verdad, todo acaba.

Al día siguiente, en cierta sala de cierta casa agrupábanse cuatro ó cinco personas alrededor de una señora—la misma que tan buenas ausencias hizo de Carlos,—la cual señora, sujetando entre sus manos un periódico, leía lo siguiente:

«Ayer puso fin á sus días, disparándose un tiro en el corazón, el distinguido literato D. Carlos N....., que tantas esperanzas ofrecía, etc., etc.

»Al lado del cadáver encontraron una pistola y una flor.

»Ignóranse las causas que obligaron á nuestro desventurado compañero á tomar tan infausta determinación.»

Al terminarse la lectura del suelto que copio, todos guardaron silencio, mientras la portadora de la nueva decía con sentenciosa voz:

—Es natural; ese chico no podía acabar de otro modo.

Y mientras la noticia cundía por todos los ámbitos de este Madrid bullicioso y escéptico, velaba yo á Carlos, cuyos ojos abiertos parecían buscar aún los rasgos hermosos de una cabecita virgen que lloraba en silencio por él, mientras otra cabeza, pálida, entrecana, apoyándose en el pecho del muerto, besaba, con ansias de madre huérfana, las manos crispadas del cadáver.

Esa es la historia de Carlos.

Ya sé, querido Luis, que tú vas á respoderme:

«Esa historia no es verdad.»

Pero ¿no es verdad que podría serlo?



